

ECCE HOMO (He aquí al Hombre)

Antonio José Sánchez Sáez



“He aquí al Hombre”. *Ecce Homo*, son las palabras que pronuncia Pilatos cuando hace salir a Cristo al Gabbatá o Lithostrotos, el patio interior de la fortaleza Antonia, azotado hasta la muerte, coronado de espinas y cubierto con el manto escarlata que a modo de burla le ponen los soldados romanos... Vemos a Cristo, el Hijo unigénito de Dios Padre, la Segunda persona de la Santísima Trinidad, que vino al mundo encarnado en las entrañas purísimas de la Virgen María, abandonado y maltratado por todos, torturado con vesanía por mano de los gentiles, por instigación de los suyos, los judíos: “*Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta*” (Is., 53, 3).

Podemos hacernos una idea de la apariencia este *vir dolorum* en ese momento supremo en que se presenta de nuevo al mundo, bañado en sangre, encorvado por el peso de los terribles azotes romanos (el *flagrum* de tres puntas de plomo), con la carne desgarrada por todo su cuerpo, de frente y de espaldas, los hilos de sangre corriendo por su rostro por las heridas causadas en su cabeza por las espinas, escupido y abofeteado.



Lejos queda aquélla su primera presentación en el Templo, a los cuarenta días de su nacimiento, con su cuerpo infantil y aún intacto, momento en que el anciano Simeón y Hannah profetizan que éste es el Mesías, el esperado, el **Salvador** (Jesús) de las naciones y gloria de Israel:

*«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu **salvación**, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.» (Lc. 2, 29-32)*

Cristo, que nació en el rechazo de todos (nadie le dio posada a su Madre ni a su esposo San José), que pasó haciendo el bien, quitando pecados, curando enfermedades y expulsando demonios, está a punto de ser sacrificado por todos, para expiación de nuestras maldades.

Siempre me ha conmovido esta imagen de nuestro Señor, con toda su dignidad, siendo objeto del escarnio de los de su misma raza, llevado al matadero sin abrir la boca, en silencio. Hay un profundo misterio en ella. Si en Adán todos pecamos, porque todos los hombres estábamos, *in fieri*, dentro de su cuerpo, también por un solo hombre, por el Hombre, el Hijo del Hombre, todos recibimos la gracia, la oferta de la **salvación** (Rom, 5, 15).

Pero a pesar de su apariencia risible y miserable, el misterio de Cristo se hace patente: en la burla, los romanos y los judíos no pudieron evitar que apareciera ante todos como el Rey que era, con el manto de púrpura (el color del velo de la Tienda de la Alianza, Éxodo 26, 31 y 36; Éxodo 36, 37; el color de los sacerdotes, Éxodo 28, 5 y 39, 1; el color los reyes, en el Antiguo Testamento, Ester 8, 15 y Jueces 8, 26), con la corona de su reyecía, aunque corona de sangre y antes con la caña en la mano, a modo de cetro real. Su Reino no es aún de este mundo, pero lo será, cuando venga en su Parusía. Ahora, por el momento, parece un gusano machacado, de semblanza tan vil que la gente gira el rostro para no verlo: *“Y yo, gusano, que no hombre, vergüenza del vulgo, asco del pueblo, todos los que me ven de mí se mofan, tuercen los labios, menean la cabeza”*, Salmo 22, 6-7.

He aquí al Hombre. En Él se nos muestra el hombre en su naturaleza caída, no corrupta, pero inclinada hacia el pecado; en sus heridas y llagas se ve la triste condición del hombre, gimiendo bajo el pecado original (*amartia*). Pero también en Cristo se resumen todos los justos desde Abel hasta el último hombre en el fin de los tiempos, los que han padecido bajo el poder y la maldad de los injustos que, desde Caín hasta último malvado, habitarán sobre este segundo mundo (el inaugurado con el Diluvio, que acabará por el fuego, antes de la Parusía, que inaugurará unos nuevos cielos y una nueva tierra).

Y es que todos los justos de los que da razón el Antiguo Testamento, desde Abel hasta San Juan Bautista, son una prefiguración de Cristo. Y, por el contrario, todos los malvados que los persiguieron y asesinaron son un resumen del Anticristo final.

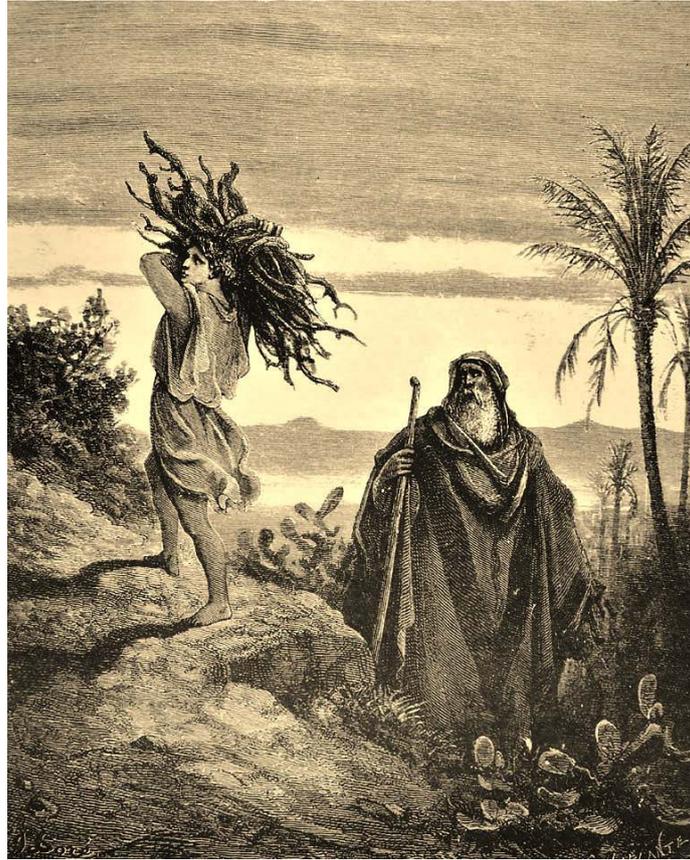
En el huerto de los Olivos Cristo recibió sobre sí el peso de todos los pecados de la humanidad, desde el primero hasta el hombre de

perdición), y recibe en su cuerpo todo el daño del mal, porque al que no conoció pecado, Dios le hizo pecado, sin serlo, por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él (2 Cor. 5, 21). El cordero inmaculado que se inmola por nosotros, para pagar el precio de nuestra desobediencia ante el Padre.

En Cristo vemos a Abel asesinado por su hermano Caín; vemos a Noé, haciendo de carpintero, como Cristo, recibiendo las burlas de sus contemporáneos cuando construía con madera el arca de **salvación**, prefiguración la Cruz del Calvario; vemos al santo Melquisedec, en un mundo corrupto, ofreciendo al Padre el sacrificio del pan y del vino:



... vemos a Lot, perseguido por los pecadores de Sodoma; en Cristo vemos a Abrán, errante; le vemos negociando con Dios para que perdone al mundo, porque no hay ni un solo justo que compense el mal, salvo Cristo mismo; vemos a Jacob, perseguido por Esaú; vemos a Isaac, cargando con la madera de su inmolación, subiendo al monte Moriah, ahora el Calvario:



... vemos al cordero inmaculado que Abrán sacrifica finalmente, porque aún no había llegado la hora de sacrificar al Hijo de Dios; en Cristo vemos a José, vendido por sus hermanos, como Judas vende a Cristo:



... vemos a José en Egipto, como a Cristo, salvando al país (a José le llamaron los egipcios Zafnat Paneaj, el **Salvador**, como Cristo se llamaba Salvador, Jeoshua); vemos en Cristo a Moisés, **salvado** en su

infancia de la muerte de los infantes judíos decretada por el Faraón, como Cristo lo fue de la muerte decretada por Herodes:



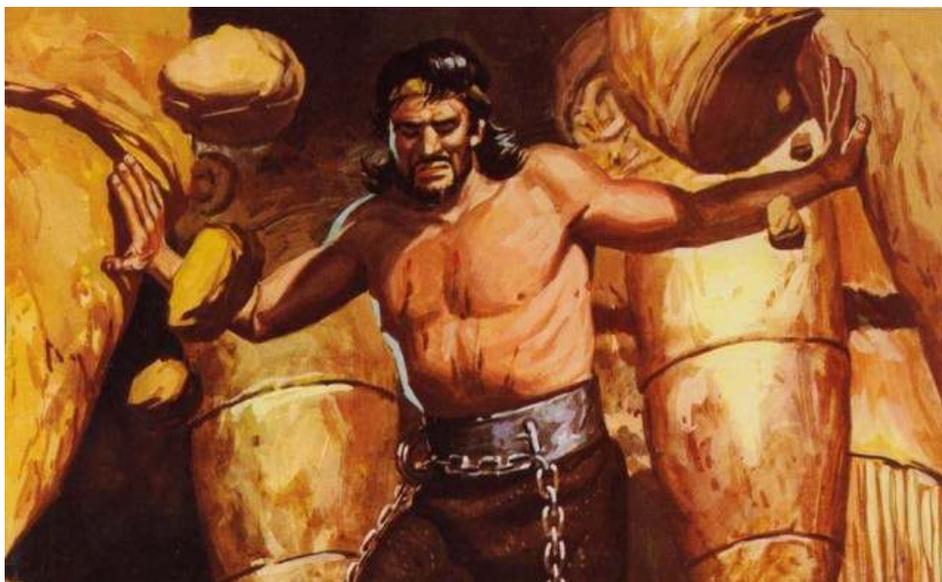
... vemos en Él los corderos sacrificados ante la última plaga de Egipto, cuya sangre pascual en los dinteles y jambas de las puertas representa la sangre en la cruz, que nos ofreció la **salvación** a todos; vemos en Él la santa ira de Gedeón destruyendo los ídolos de Baal, como Cristo destruyó la idolatría del dinero de los cambistas en el Templo:



... vemos a la hija de Jefté, sacrificada por una promesa, tan dolorosa, de su padre:



... vemos a Sansón sacrificándose en su muerte y aplastando con ella el mal que le rodeaba:



... vemos a Samuel corrigiendo a los sacerdotes corruptos y gimiendo por ellos; vemos a Saúl, luchando contra los filisteos; vemos, en fin, al Rey David, pequeño y humilde, derrotando a Goliath, la prefiguración del Demonio, con las 5 piedras del rosario, la honda con la que los católicos derrotamos una y otra vez al maligno:



... vemos de nuevo a David, perseguido por Saúl; vemos a Absalón, llorado por su padre David, sacrificado en un árbol, del que pendía:



Muerte de Absalon.

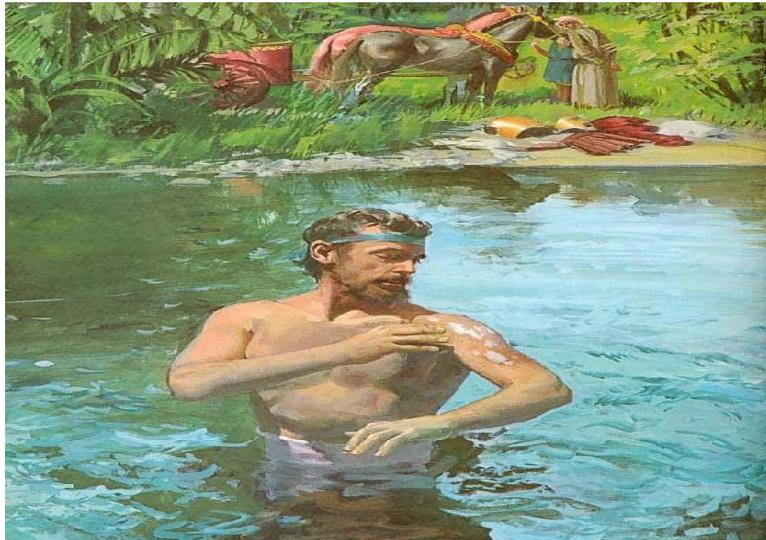
Y como él que yendo Absalon montado sobre un mulo, se encontró con la gente de David; y habiendo entrado el mulo por debajo de una espesa y grande rama, se le enredó la cabeza en la escama; y pasando adelante el mulo en que iba montado, quedó él colgado entre el cielo y la tierra.

(Rutaa, II.—Cap. XVIII, vers. 9.)

... vemos la prudencia de Salomón; vemos a todos los profetas (Isaías, Ezequías, Elías, Eliseo, Jeremías, Daniel...) maltratados y asesinados por el pueblo israelita infiel, que no quería que les llamaran a la conversión; le vemos acusado de blasfemia y asesinado injustamente como a Nabot; le vimos en aquel cuarto hombre que misteriosamente no ardía en el horno de fuego de Sidrac, Misac y Abdénago:



... le vimos como a Esther, mediando por su pueblo; como a Jonás, predicando la conversión y tragado por la ballena durante tres días; le vemos como al Jordán, limpiando las heridas de Naamán, el pecado del hombre...



He aquí al Hombre, he aquí al Hijo del Hombre, en todo igual al hombre menos en el pecado, vemos la sustancia divina del hombre, su alma, opacada ante su pecado al igual que la naturaleza divina de Cristo aparecía oculta ante su apariencia de hombre miserable y torturado.



Tengamos, pues, hermanos, bien presente esta enseñanza misteriosa: nosotros somos ese hombre al que los israelitas, poseídos por el Demonio, gritaban “Crucifícalo”, porque el Demonio quiere siempre el asesinato del hombre, la criatura tan débil y amada de Dios. Quiere nuestra condenación y nuestra perdición, quiere vengar en nosotros la frustración de su caída del Cielo, cuando se rebeló contra Dios precisamente cuando conoció que su Hijo se haría hombre por nosotros:



Pero consolémonos con esta idea: Cristo, encarnándose en María la Virgen, adoptando nuestra naturaleza humana, padeciendo y resucitando, restauró nuestra naturaleza pecadora y la elevó a la gracia del Padre para que, con ella y nuestros esfuerzos, podamos ser salvos, por su infinita misericordia.

No desprecies, pues, hermano, el sacrificio y la pasión de Jesús por ti. No pisotees su sangre sagrada, que derramó por tus pecados y los míos, no colaboremos con el Demonio en la destrucción del hombre y de la obra redentora del Hijo del Hombre. Antes bien, vístete de traje de fiesta y conserva su gracia, para que, cuando llegue, pronto, puedas levantar tu cabeza y rezar “bendito el que viene en el nombre del Señor”.

María Santísima nos conceda perseverar y San José, modelo de hombre justo, permanecer en la Verdad.

He aquí al Hombre.